
Roberto González Echevarría

Tengo que confesar que mi primer acercamiento a la obra de Pedro Henríquez Ureña fue precedido por el recelo y hasta la resignación. Me preparaba para mis exámenes doctorales en Yale y me veía precisado a adquirir, con cierto apremio, un conocimiento global de la historia de la literatura hispanoamericana. Era todavía la época en que se esperaba que el alumno se supiera la historia literaria tanto en sus detalles más nimios como en su conjunto más amplio, y que pudiera recitar la evolución de aquella vasta y prolija narrativa como un juglar los poemas épicos. Pero era también ya la época en que los puntales que sostenían aquellas inmensas empresas narrativas habían empezado a ceder. La disciplina, y la misma noción de literatura, se veían asediadas por modos de conocimiento provenientes de las ciencias sociales, sobre todo de la lingüística. Deslumbrado por el estructuralismo y por la nueva narrativa hispanoamericana, que hacía parecer caduco todo lo escrito en español antes así como la crítica que lo acompañaba, busqué en la biblioteca *Las corrientes literarias en América Hispánica con la misma resignación que antes me había asistido en tareas tan ingratas como aprender las desinencias alemanas o leer a Marcelino Menéndez y Pelayo. Sabía que estas tareas obligatorias daban acceso a otras más placenteras y estimulantes.*

Se impone otra confesion. Sentía muy poca admiración entonces por la crítica hispanoamericana, que me parecía languidecer en un academismo positivista y ramplón, o rutilar en un periodismo superficial, que se agotaba en desplantes de agudeza sin preocupaciones metodológicas, salvo mencionar a cualquier filósofo o crítico de última moda. A esto había venido a sumarse

en los sesenta un alarde de compromiso político exacerbado por la entonces prometedora revolución cubana, que no pasaba nunca de la exhortación a hacer crítica marxista. Sospechaba que en el libro de Henríquez Ureña iba a encontrar sobre todo lo primero: un manual, más o menos esquemático, que me ayudaría a prepararme para mi examen, a cambio de algunas horas de tedio.

De más está decir que no fue eso lo que encontré en Las corrientes... Descubrí un libro que en realidad fundaba la historiografía literaria hispanoamericana, redactado en un estilo elegante, moderno, exento de retórica académica, y tras él una mente rigurosa, escéptica, al día, que no se dejaba impresionar por novelorías, y que combinaba un asombroso conocimiento de toda la literatura hispanoamericana con la capacidad para descubrir el valor de cada obra, por remota que fuera. En Henríquez Ureña se me fue revelando un historiador que no era coleccionista de antigüedades, no se dejaba seducir por las simetrías y periodizaciones heredadas del siglo pasado, y que como estaba realmente al tanto de todo no sentía la necesidad de demostrarlo. Me bebí Las corrientes..., si se me permite, y el libro me resultó, por cierto, de gran utilidad para el temido examen.

Como casi todos mis primeros escritos, así como los cursos que impartí a comienzos de mi carrera, versaron exclusivamente sobre literatura española del Siglo de Oro, no volví a remontar Las corrientes... sino unos años después, cuando me dediqué al estudio de Alejo Carpentier, cuya obra, a qué dudarlo, ayudó a darle cauce intelectual a mis nostalgias de desterrado. Inmerso en lenguas y culturas ajenas a las de mi origen y primera formación, busqué en o con Carpentier mis pasos perdidos, y por la cuenca del Orinoco desemboqué de nuevo en Las corrientes literarias en la América Hispánica. Hice entonces un descubrimiento en principio tan desalentador como fortuitamente oportuno: aquel texto que yo había admirado en mis desvelos de estudiante no había sido escrito por Pedro Henríquez Ureña. ¡Había leído una traducción! ¿Cómo podía ser? Las corrientes..., que habían sido originalmente las «Charles Eliot Norton Lectures» en Harvard del año académico 1940-1941, fueron pronunciadas, naturalmente, en inglés. Yo manejaba la edición del Fondo de Cultura Económica de 1949 (más específicamente, ya poseía la reimpresión de 1969), que no era, por supuesto, la primera, que había sido Literary Currents in Hispanic America. Había leído yo, inocentemente, la versión española de Joaquín Díez Canedo, no la prosa del propio Henríquez Ureña.

La honestidad me impele a decir que, aunque sentí entonces que había pasado por una experiencia borgiana, no reparé —como los personajes del autor de «El Sur»— en la más complicada red de coincidencias en que me encontraba atrapado. Había una fatal concurrencia histórica, personal, geográfica, lingüística e institucional, que me arrastraba hacia Henríquez Ureña,

como si las corrientes, al incluirme, me anegaran en un remolino textual superior a mi conocimiento y voluntad. Era como si una providencia oscura pero certera guiara mis pasos por el laberinto de la identidad, las letras y la crítica hispanoamericanas. Hoy todo se me hace claro –la clarividencia retrospectiva puede ser inventora, lo reconozco– y veo que el magisterio que ejerció sobre mí Pedro Henríquez Ureña estaba escrito en los textos, y pienso que debía haberlo podido leer con antelación. Pero tal vez debemos siempre ser ciegos al destino si éste va a venir, como ha venido, cargado de responsabilidades, muchas de ellas superiores a mis magras fuerzas. Quizás no hay destino digno si no es el que no esperamos. Hoy se me antoja que aquel que me llevaba hacia las labores de Henríquez Ureña estaba cifrado en las islas de las que procedemos.

Cuando descubrí que no había leído realmente a Henríquez Ureña –claro, sí lo había hecho, pero a través de una de tantas mediaciones– busqué un texto realmente «suyo». Di entonces con ese erudito y elegante ensayo, «La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo», recogido en el volumen de su Obra crítica. Se trata de un estudio, de más está decirlo, magistral, sobre un tema que podía parecer en principio pobre y restringido en posibilidades. Pero es que el ensayo enfoca el momento histórico cuando Santo Domingo –la isla de Henríquez Ureña– era el principio y centro del Nuevo Mundo. Hay que reparar en ello porque hoy los desmanes y desmedros de la historia pueden hacernos pasarlo por alto: Hispaniola fue el primer bastión militar, naval, cultural y político de lo que llegó a ser la América Hispánica. Pedro había nacido en el origen y sobre él habría de poner la primera piedra del templo que sería su historia literaria y cultural.

Sabemos que el origen y centro que fue Hispaniola pronto se desplazó a tierra firme, cuando los conquistadores se percataron de la inmensas riquezas materiales y culturales de Mesoamérica y más tarde del mundo andino. El ámbito de su isla, realmente de su media isla, se le hizo pequeño a Henríquez Ureña y por eso pudo ver que lo más importante de los orígenes no son ellos mismos sino lo que generan. Por eso su empresa, en vez de ser limitada por el reducido contorno de su tierra natal, de su realmente chica patria chica, fue la de fundar la historiografía literaria de todo el continente. De las islas se sale, a las islas se regresa. Pedro se paseó por el mundo, de Minnesota a Buenos Aires, donde le sobrevino su muerte repentina y prematura, con escalas breves y prolongadas en Cuba, México, España, y Cambridge, para pronunciar las famosas «Eliot Norton Lectures». Querido, admirado e imitado en todas partes, su obra de promoción cultural fue vasta e influyente. Sus discípulos directos e indirectos hacen, hacemos, legión.

Dispersas por mi escritorio se encuentran las galeras de la Cambridge History of Latin American Literature, cuyos compactos tres volúmenes he

coordinado con mi querido amigo y distinguido colega Enrique Pupo-Walker. Tenemos la esperanza de que esta obra sea de utilidad para quienes, como nosotros, tengan que preparar exámenes doctorales. Al redactar el capítulo inicial, dedicado a la «historia de la historia» de la literatura hispanoamericana, me di cuenta otra vez de la proeza que fue redactar Las corrientes literarias en la América Hispánica en 1940, y de lo mucho que nuestra propia obra todavía le debía a ese libro fundador. Espero haber resarcido con ese trabajo parte de la deuda contraída hace ya no pocos años.